



PRIMERA PARTE, DE LAS RELACIONES
 DE LAS PRINCESAS ENCANTADAS,
 Y DESLEALTAD DE HERMANOS.

Aquel indómito monstruo
 que fingió la idolatría,
 poblado de alas y lenguas,
 que fama le preconizan,
 para que al orbe terreno,
 en los mas remotos climas,
 pueda con sus dulces voces
 á todos darles noticias:
 Esta misma fama sea
 la que en la ocasion me sirva
 de resonante clarín:
 con cuyas voces melínfluas
 dé á luz una nueva historia,
 que por lo mismo es muy digna
 que en lápidas de alabastro
 para eterno esté esculpida:
 cuyos dulces epitectos
 puedan servir de doctrina,
 para no fiar ninguno

de criatura nacida,
 si hay de por medio intereses:
 ni aun siendo su sangre misma;
 pues tiene desde ab inicio
 al mundo la fiera envidia,
 culpa en que los mas tropiezan,
 y pocos los que se libran.
 Mas dejando disgresiones,
 es bien la historia prosiga:
 Cuando el Católico Rey,
 que globos de estrellas pisa,
 San Fernando, Rey de España,
 lanzó la secta morisca
 de España, y sus territorios,
 con su invisible cuchilla.
 Muchos nobles caballeros,
 descendientes todavía
 de los primeros cristianos
 que hubo cuando la conquista,

fue en ellos un poderoso,
el cual por su bizarría
fue luego electo por Rey
en las fértiles provincias
de las partes del Oriente,
que se nombraba la Syria;
era su nombre Clotardo,
era casado, y tenia
de su feliz matrimonio
la belleza de tres hijas,
que á las humanas deidades
llevaron la primacia.
Viéndolas el Rey su padre,
que pocos las merecian,
y muchos los que arpiraban
subir á tan alta dicha.
Ordenó hacer un castillo
de vistosa, simetría,
y de altura formidable,
que aun la mas aguda vista,
sus pirámides y almenas
penetrarlas no podian;
allí dispuso encerrarlas
con infernal inventiva,
pues buscó un mágico sabio
que con hechizos hacia
nigrománticos enredos;
á éste, el Rey le notifica,
haga un fuerte encantamiento
tal, que no puedan ser vistas
ni vencidas de ninguno
hasta que el Rey lo permita.
Dejándolas emplazadas
como en clausura continua,
y fue el poner tres caballos,
ó satánicas arpias,
para cada una el suyo,
donde el encanto se cifra.
Despues despachó un decreto
en toda su monarquía,
que cualquiera caballero
ó noble de sangre limpia
que pueda entrar en la Torre,

si aquel encanto conquirta,
en sus hijas tendrá el premio
quien lograre aquesta dicha,
serán casados con ellas
sin haber quien se lo impida.
Muy bien conocia el Rey
la dificultad que habia,
y con esta confianza
por premio las ofrecia.
Corrió en todos sus estados
velozmente esta noticia:
á este tiempo tres hermanos,
de gallarda bizarría,
caballeros, y aunque pobres,
de ilustre genealogía,
nacidos en Dinamarca;
oyendo aquesta noticia
dispusieron valerosos
el partirse á grande prisa,
por ver si la feliz suerte
quiere que tal bin consigan.
Ya los tres reconocidos,
dejan su patria, y caminan
hasta llegar á la corte;
y con la intencion debida
dijéronle al Rey su intento,
y al punto mandó que pidan
todo lo menesteroso
de cuanto se necesita;
con la sentencia, y el cargo,
que el que fuere á la conquista,
sino salen con la empresa,
luego será dividida
de su cuello la cabeza,
castigando la osadía.
Pidió el mayor, y el segundo,
caballos y armas lucidas;
y el menor pidió que un carro
tan solamente queria,
con dos bueyes, y que en él
poner para muchos dias
gran prevencion de sustento
de comidas y bebidas,

muchos clavos, y una cuerda
de largura sin medida.
Hechas estas diligencias
que ya dejo referidas;
salen los dos á caballo,
y dentro de pocos dias
le dieron vista al castillo,
y á su eminencia se arriman,
mas luego experimentaron
sus diligencias perdidas;
pues viendo la elevacion
fallecen y desaniman,
por no hallar en sus contornos
poblacion grande ni chica,
donde saciar hambre y sed,
que los aflige y fatiga.
Algunos dias gastaron
dando ideas discursivas,
cómo poder conquistar
Torre tan fortalecida;
mas viendo no ser posible,
ya cansados, determinan
volverse para su patria,
sin premio á tanta fatiga:
tomaron la propia senda
que antecedente traían,
y en medio de ella encontraron
al hermano, que venia
muy poco á poco en su carro,
con prevencion de comida;
y al verlo, le propusieron
los imposibles que habia
para conquistar el fuerte,
que se vuelva, y no prosiga:
no bastaron persuasiones,
pregarias ni rogativas;
despues que hubieron comido,
volvieron en compañía,
llegaron segunda vez
á la encantada alquería,
hicieron alto, y descargan
los víveres que traían,
fue el mancebo examinando

la Torre, que no tenia
puerta, puente, ni rastrillo,
ventanas ni celosías;
y bien registrada toda,
ciñó á su cintura misma
una vanda, y en la cual
los fuertes clavos afirma;
cogió un cabo de la cuerda,
y un buen martillo en la cinta,
y al fijar el primer clavo
vieron que se estremecia
el encantado castillo,
y dentro una gritería,
que á no ser su valor tanto,
no siguera su porfia.
Siguiendo su operacion,
sin temor ni cobardía,
poniendo clavos, y haciendo
para subida, su vida.
Con artificiosa maña,
y astucia tan bien urdida.
llegó al extremo postrero;
y apenas su cumbre pisa
le salieron al encuentro
tres hermosísimas Ninfas,
mostrándose sus bellezas
aun mas que humanas divinas:
diciéndole: quién sois jóven,
que con tan libre osadía
has profanado el decoro
de este alcázar, donde habitan
tres Princesas? pues tu muerte
pagará tal demasia.
El respondió; pues Señoras,
como este favor consiga
de morir á vuestros ojos,
causará mi muerte envidia!
y así tendreis por sabido,
que como ustedes permitan
que las libre de este encierro,
aunque para la salida
todo el mundo se me oponga,
no es posible que me rindan.

Uniformes respondieron;
pues como el valor te asista,
todas tres obedecemos
muy gratamente propicias;
que te será bien premiado:
mas para eso precisa,
que á tres hermosos caballos,
que en este castillo habitan,
á cada uno una cerda
les quitarás, que en las mismas
está nuestro encantamiento,
y tenlas en mucha estima,
para que en cualquier fracaso,
que te halles no te aflijas,
si el elemento del fuego
á cada una le aplicas.
Esto dijeron, y luego
á una cuadra lo encaminan,
donde estaban tres pegasos,
de tres colores distintos;
hizo lo ya referido,
las guardó, y á grande prisa,
dispuso bajar las damas,
que del placer y alegría
mil parabienes le daban,
con ternezas y caricias,
y al impulso de la cuerda
á la hermana mayor liga,
y con valor increíble
en tierra la deposita,
lo mismo fue la segunda,
quedó sola lo mas chica,
le dijo: jóven gallardo,
toma aquesta gargantilla,
que en valor, poder y hechura
otra alguna no la imita,
y aunque diversos trabajos
te atormenten y persigan,
jamás te enagenes de ella,

que podrá ser que algun dia
te importe, y con esto el cielo
te libre como nos libras:
con esto descendió al suelo,
con la misma anatomía;
y habiéndola ya librado
de esclavitud tan indigna,
le tiraron de la cuerda,
quién vió mayor bastardía
entre hermanos, pues se halló
con la esperanza perdida
de bajar, pues ni aun los clavos
halló, que hincado habia.
Entonces los dos hermanos,
con infernal avaricia,
conociendo que su hermano
todo el premio merecia,
envidiosos dispusieron
ponerse luego en huida,
montándolas en los brutos,
bolaban, y no corrian,
hasta llegar á la corte,
donde el Rey se maravilla,
en ver á sus hijas libres,
que aun viéndolas no creía:
ellas guardaron secreto,
solo dijeron que habian
por los dos sido libradas,
y el modo, la traza y cifra.
Y viendo el Rey que eran nobles,
al proviso determina
desposar los dos mayores
con fiestas muy deleytibas:
y porque pide esta historia
tiempo para referirla,
pide Alonso de Morales,
que atencion se le permita,
que en la segunda jornada
nada tardará en decirla.

F I N.



SEGUNDA PARTE DE LAS RELACIONES DE LAS PRINCESAS ENCANTADAS.

Afligido y pesaroso,
 melancólico y suspenso,
 lleno de horrores y espanto,
 quedó en la Torre el mancebo,
 sin hallar norte ni senda,
 para salir del encierro,
 por haberse en él cumplido
 la ley del encantamiento;
 todo tinieblas oscuras,
 todo asombro, todo miedo,
 oyendo silvos de sierpes
 cerca de sí, tan horrendos,
 que hambrientos le amenazaban
 á su vida por momentos.
 Pero entre tantas fatigas,
 se acordó que le dijeron,
 que en los caballos tendría
 de sus penas el remedio.
 Se fue al sitio donde estaban,
 que sabia por muy cierto
 el que le pertenecía
 á su enamorado dueño,
 que le dió la gargantilla,
 en el cual montó ligero,
 dió un brinco tan formidable,
 el bruto, con tal estruendo,
 que pareció que la Torre
 se arrancaban sus cimientos,
 y aun creyó de que el abismo

se los tragaba en su seno;
 y al volver en sí se halló
 en un áspero desierto,
 todo poblado de troncos,
 tan montuoso y espeso
 que jamás los penetraron
 del sol los claros reflejos.
 Allí fue depositado,
 comenzando desde luego
 á discurrir por las ramas,
 por si hallaba algun consuelo
 de poblaciones ó gentes,
 para el natural sustento:
 caminó larga distancia,
 cuando encontró un ganadero,
 al cual con mucha modestia
 le suplicó, que de cuento
 le dijese qué parages
 ó países son aquellos?
 Respondió muy agradable,
 esta tierra es de Suecos,
 y segun dice ese trage
 vos no sois de aqueste Reyno?
 No, amigo, le replicó;
 soy un pobre forastero,
 que buscando mi fortuna
 me ha traído á tal extremo;
 y por quien sois os suplico
 que nuestras ropas cambiemos,

bien conoceis la mejora,
que se os sigue en concederlo.
Cambiaron, y quedó armado
nuestro noble caballero,
todo vestido de pieles,
y de un reciente cordero
de la piel hizo una gorra,
á fin de encubrir el pelo,
vestido á lo pastoril,
tan tosco como grosero;
tan otro y tan demudado,
que daba irrision el verlo:
pues no era dable en el mundo,
nadie pueda conocerlo,
pidiendo á algunos limosna
pasaba de pueblo en pueblo.
Llegó al Reyno donde estaban
sus hermanos, que de cierto
estaba ochocientas leguas;
lo cual gastó mucho tiempo:
y con las calamidades,
trabajos y contratiempos,
mutó la facion del rostro,
muy distinto del primero.
Fingia llamarse Juan,
y con estos fingimientos,
se hizo loco declarado,
pues ya para conocerlo,
decian: Juanillo el loco,
no dándole en nada asenso.
En aqueste tiempo el Rey
á su hija por momentos
le decia se casase,
para llevar en muriendo
el consuelo que quedaban
todas tres ya con empleo;
y ella siempre se negaba
á sumisiones y ruegos,
hasta ver si la fortuna
le traía el dulce objeto,
á quien dió la gargantilla
como referido de jo.
Dijole á su padre un dia,
que ordenase unos torneos,

y aquel que la mereciese
por mas galan y mas diestro,
que luego ofrece el rendirse
á los lazos de himeneo.
Promulgó el Rey al instante
que vengan aventureros
á las justas á su corte,
con el apercibimiento,
que ofrece dar á su hija
sin el menor detrimento.
Muchos señores iustres
de varias partes vinieron.
Llegó la propuesta tarde,
y puestos ya en el torneo,
con la mayor bizarría
dieron principio al manejo.
Vamos al loco fingido,
que en aqueste mismo tiempo
puesto fuera de poblado,
donde no pudiesen verlo.
Sacó la primera cerda,
hizo lumbre, y le dió fuego,
y vió junto á sí un caballo
con silla, jaéz y freno,
con dos jóvenes al lado;
donde en breve lo vistieron
de unas hermosas preséas,
cual segundo Gerineldo.
Entró en el Palenque, y todos
deseaban conocerlo;
pero no pudo ninguno
por mas que hicieron extremos,
ganando en primor á cuantos
á la funcion concurren.
Y rematada la fiesta,
salió mas velóz que un trueno.
Para la tarde segunda,
mandó el Rey que en varios puestos
se pongan hombres armados
para poder conocerlo:
luego que llegó la hora,
pronto, liberal y diestro,
quemó la cerda segunda,
y mas velóz que los vientos

llegó el caballo, y con él
seis criados, que su aseo,
y las costosas libreas
eran de todas espejos.
Ganó en todo con ventaja
aun mas que el dia primero;
quieren detenerle el paso,
pero fue en todo supérfluo,
pues sin ver por donde iba
de la vista lo perdieron.
Para la tarde tercera
quiso el Rey ser buen tercero:
mandó, que aquel territorio
que circumbalaba el cerco,
lo amurallasen con tablas,
y con muy altos maderos,
que aunque se transforme en ave,
para huir no pueda hacerlo;
fue aquella tarde el concurso
por el gran gentío inmenso;
volvió hacer su operacion,
quemó la cerda en efecto
como hizo en las primeras:
y luego un caballo negro
llegó con doce criados;
y de hermoso terciopelo,
y carmesí los vestidos,
y el suyo con oro terso,
de diamantes guarnecido,
que causaba envidia el verlo:
de suerte que aquella tarde
sobre todos echó el resto,
y á la hora de ausentarse
entre volando y corriendo
fue otro volador pagaso,
dejando á todos suspensos,
pues saltó aquella eminencia
que un ave pudiera hacerlo.
Se fue sin que averiguasen
quién fuese aquel caballero;
perdiendo las esperanzas
hija y padre á un mismo tiempo;
pero la discreta dama
á sus solas, y á su intento,

dibujó una gargantilla
á el arte, forma y modelo
de la que le dió en la Torre,
al que ignora, y está viendo:
dijole á su padre entonces,
que se buscasse un maestro,
que sin que le falte un punto
haga otra; pues su intento
es ver si hallaba la suya,
y sin que haya remedio
promete ser digna esposa
de aquel que la tenga; y esto
se puso luego por obra;
se buscó entre los mas diestros,
al mas sapiente alquimista,
que habia entre los espertos.
A este tiempo habia entrado
á servir de mandadero
Juanillo el fingido loco,
pasando plaza de serlo;
dióle el Rey dicho dibujo,
estrechándole y diciendo,
que en el tiempo de dos meses,
con primor, arte y concierto
se ha de hacer la gargantilla,
y que de haber falta en ello,
al impulso de un verdugo
le hara dividir el cuello.
Llevó el dibujo á su casa,
y luego fue previniendo
las esmeraldas mas finas,
los diamantes de mas precio;
mas con todo no podia
hacerla, y entonces viendo
que se pasaban los dias,
y el tiempo se iba cumpliendo,
era sin igual la pena,
por saber que sin remedio
moriria, sino hacia
lo que le habian propuesto.
Viéndolo su mozo triste,
dijole: señor, yo quiero
que me digais los motivos
de la tristeza en que os veo,

por ver si á vuestros pesares
algo remediarlos puedo:
por último, se lo dijo,
que es alivio del enfermo
el comunicar sus males,
que en parte se alivia en ellos;
díjole al amo, señor,
sin duda alguna me atrevo
de hacerla mejor mil veces
que lo que el Rey ha propuesto;
para lo cual en un cuarto
donde haya el mayor silencio
pónganme todos avíos
de herramienta y de sustento;
sin que me vean, ni entiendan,
que yo á mí solo me entiendo;
mas como arriesgaba poco
no hubo duda en concederlo.
Todo lo menesteroso,
le puso en un aposento,
dejándolo allí encerrado,
y él muy alegre y contento
por saber bien que en su mano
pendia todo el enredo.
Muchas veces iba el amo
con grande secreto á verlo,
y lo hallaba recostado,
muy descuidado durmiendo;
y viendo que ya quedaba
el tiempo corto y estrecho,
comenzó á enlutar la casa
contemplándose ya muerto.
Con esta sin igual pena,
llegó el día postrimero,
y el amo triste y lloroso
fue aquel mismo día á verlo,
y apenas entró le dijo,
pues Juan simple, qué tenemos?
mas él con fingida risa,
y con agradable seño,
le dijo: ya nuestro amo
no ha de ser el Rey sangriento
contra vos, pues ya la prenda
con todo primor se ha hecho:

sacando la gargantilla,
que fue el origen primero;
quedándose el amo absorto,
pues ignoraba el misterio;
mil parabienes le daba,
con muchos ofrecimientos:
la tomó, y se fue á palacio,
y en las manos del Rey mesmo
la puso; pero la Infanta,
luego al punto que le dieron
la noticia, vino á verla,
y la conoció al momento:
diciendo, qué lapidario
es de aquesta obra el dueño?
quién hizo tan bella alhaja?
porque quiero conocerlo.
Y el maestro, receloso
no le cojan en enredo,
contó desde su principio
toda la verdad del hecho:
entonces dijo la Infanta,
ya padre se llegó el tiempo
de mi desposorio, y sea
quien se fuere ese sugeto.
Al palacio fue llevado,
mas luego se conocieron;
solamente que los dos
supieron guardar secreto
hasta mejor ocasion,
como en efecto lo hicieron;
le fue fuerza al Rey casarlos,
aunque con gran sentimiento,
pues en un ciento de amantes,
quiso á un hombre sin asiento.
Sus hermanos y cuñadas
le decian vituperios;
mas poco tiempo duró
desatar aqueste enredo;
y para dar finiquito,
de este admirable compendio,
quiere Alonso de Morales
darlo todo por extenso,
y en otra tercera parte
deshacer quejas y duelos.



TERCERA PARTE DE LAS RELACIONES DE LAS PRINCESAS ENCANTADAS.

Teniendo la hermosa Infanta sus gustos ya conseguidos de su gargantilla y dueño, que la libró del peligro, no dudó el darle la mano como habia prometido; causando en el Rey tal pena, que fue bastante motivo que todo el reyno afease el mal gusto que ha tenido; reduciéndolo á tristeza en vez de hacer regocijos, no queriendo que en palacio viviese, ni aun por indicios; y á fuera en los extramuros un tosco albergue les hizo, donde apartados viviesen, sin ser oídos ni vistos; su esposa le guerreaba, que no se mostrase tibio en descubrirse, pues todos afeaban sus delirios, mas él hasta mejor tiempo tuvo el secreto escondido. Lloraba el Rey su desgracia, sin hallar en nada alivio, tanto fue que cayó enfermo, que de la vista perdido, que con el continuo llanto

quedó ciego sin sentido: vinieron médicos sabios, haciendo varios cabildos: hasta que el último acuerdo fue decir, que entre unos riscos en los montes de Esclavonia estaba el único alivio en las aguas de una fuente; mas que habia gran peligro por las indómitas fieras que habitaban aquel sitio, que en consiguiendo el traerla tendrá el Rey total alivio. Los dos yernos se ofrecieron, prontos y reconocidos, aunque aventuren las vidas, y pasen diez mil peligros; esto lo supo el hermano, y sin darle á nadie aviso, llamó al caballo encantado, de los tres el primitivo, y montándose salió mas velóz que un torbellino, fue á la fuente, y tomó el agua, y viniendo de camino se encontró con sus hermanos que iban al intento mismo, y les dijo: caballeros, ese es trabajo perdido,

que aquí llevo yo ya el agua,
y aguardo un premio crecido;
entonces los dos á un tiempo,
le dijeron: noble amigo,
nosotros te lo daremos
en plata ó en oro fino,
como el agua quieras darnos:
y prontamente les dijo,
no quiero otra cosa en premio
que dos peras que he sabido
que á ustedes presentó el Rey
por favor muy esquisito,
y pues consigo las traen,
eso es lo que en premio pido;
luego se las ofrecieron
por entrar mas aplaudidos.
Hecho entre los tres el cambio
se volvieron al proviso,
con la cual cobró el Rey vista,
y ellos el quedar lucidos:
tuvo de allí á poco tiempo
con grandísimo peligro
el Rey otra enfermedad;
y médicos muy peritos
no encontraban medicinas;
hasta que el mas sabio dijo:
que en los desiertos de Albania,
entre sus montes altivos
hay entre sus muchas fieras,
de tanto especie distinto,
muchas leonas, si á una
pudieran con artificios
sin darle muerte sacarle
el néctar de su recinto,
era el singular remedio,
lo cual no hay otro en el siglo,
ni se podría encontrar:
y los dos reconvenidos,
por gozar todos los fueros,
saliéron bien guarnecidos;
y el hermano al mismo tiempo
se salió al campo y dió un grito,
llamó al segundo caballo,
y luego que hubo venido

se montó, aunque disfrazado
con otra forma y vestido;
llegó al monte, y como iba
con la mágica y hechizo
pudo coger la leona,
sin que de él fuese sentido,
y sacó porcion de leche,
á su eleccion cuanta quiso.
Se volvió, y á pocas leguas
encontró los contenidos
hermanos, que deseosos
ser del Rey los mas validos,
iban resueltos y osados,
por quedar mas aplaudidos:
luego que se saludaron,
así les hab'ó y les dijo:
Amigos, ya yo he logrado
lo que pretendéis vos mismos,
ruéganle que se la diera
por cuanto fuere servido:
y él les dijo: caballeros
luego otorgaré el partido
si permiten que una oreja
os corte con mi cuchillo,
á cada uno, y el cambio
se hará sin que haya entredicho.
Al principio este concierto
gran dificultad les hizo;
mas por grangear honores
otorgaron el partido,
pues encubria el defecto
las pelucas y capillos.
Llegaron muy orgullosos,
y fueron bien recibidos
de todos, pues fue la leche
único bálsamo fino,
con que recuperó el Rey
cuanto tenia perdido;
mas, ó verdadero adagio,
que refieren los antiguos,
que no hay placer que no tenga
algun sentimiento alquicio.
Sucedió que en este tiempo
que otro Rey enfurecido

le puso á Clotardo guerra
con rigor egecutivo;
hallábase atribulado
por su mucho poderio.
Llamó á sus yernos á solas,
diciéndoles que su advitrio
era, el que fuesen los dos
con silencioso sigilo,
á registrar como espías,
el campo del enemigo.
Con esta resolucion
los nombró el Rey por caudillos,
fiando en ellos la empresa,
como que eran ya sus hijos
Salieron á ver el campo,
donde el contrario atrevido
esperaba, mas tuvieron
su merecido castigo;
no hacian caso del loco,
dándole siempre al olvido:
Mas él de cuanto pasaba
de todo tenia aviso;
se fue á un desierto, y allí
la misma operacion hizo,
llamando al tercer caballo,
y fue llegado al proviso
con lucidísimas armas,
de acero terso y bruñido.
Se fue al campo de la lid,
y con invencible brio,
imitando á Santiago,
entre los contrarios hizo
estragos tan formidables,
que los dejó destruídos,
ganándoles dos banderas,
y trayéndolas consigo:
encontró á los dos que iban
que siempre fue contradizo,
que iban descubriendo el campo,
hablóles muy comedi to:
amigos ya venis tarde,
y siempre pierde el tardido:
y así para esta conquista
muy frívolos habeis sido,

porque ya por otras fuerzas
quedan muertos y vencidos;
lo cual estas dos banderas,
y de esta espada los filos,
para abonar la verdad
son suficientes testigos;
dijéronle si queria
quedar en extremo rico,
las redujese á monedas:
que pida, y no sea omiso;
dijoles, que no estimaba
por ellas, ni aun cien bolsillos;
que solamente estimaba,
si querian consentirlo,
señalarlos con un hierro
á donde fuesen servidos,
serán las banderas suyas,
si convienen en lo dicho;
ni las orejas, ni peras
les hicieron tal ruido,
como el de considerarse
esclavos sin ser cautivos;
mas ó codicia avarienta,
ó intereses de este siglo:
por último, concedieron,
y él hizo un hierro encendido,
y en la espaldilla sinientra
se los dejó á los dos hijos:
se fueron con las banderas
y dijeron haber sido
los que á todos los contrarios
vencieron sin ser vencidos.
Aquí fueron los placeres;
que no es dable referirlo.
Creció con mayor extremo
el odio y rencor maldito
del Rey contra el tercer yerno,
por ser hombre tan indigno,
que determinó arrojarlo,
porque jamas fuese visto,
á unas islas muy remotas;
mas él humilde y propicio
le pidió al Rey por merced
se muestre con él benigno,

que el día de su partida,
dentro del palacio mismo
se juntan todos los grandes
señores esclarecidos,
para un famoso convite,
esta súplica le hizo,
que por útimo consuelo,
lo pide y ha de cumplirlo;
se concedió el pedimento,
y acudió inmenso gentio;
fue el que tenían por loco,
y se adornó de un vestido,
que su valor y hermosura
fue en grado superlativo;
se afeytó, y quedó su rostro
brotando grana y armiño:
entró, dando envidia á todos,
al ver su garvo y su brio;
entonces lo conocieron
sus hermanos de improviso,
que les motivó á desmayo,
envueltos en sudor frío:
Sacó entonces las dos peras,
diciendo: ya no permito
me digan mas vituperios,
que bastantes he sufrido
por mis traidores hermanos,
yo, gran Señor, soy el mismo
que liberté las Princesas,
bien lo saben que yo he sido,
y el mismo que trajo el agua;
por lo que habe conseguido,
que estas dos peras me diesen:
Se dió por verdad lo dicho;
y ahora quiero que todos
manifiesten sus oídos:
quitáronse las pelucas,
y solo en los dos se vido
que les faltaba una oreja,
y él las sacó del bolsillo,
diciendo: estas son las mismas
que á los dos corté yo mismo
cuando trajeron la leche
que os dió en los ojos alivio,

F

gran Señor, y para que
queden del todo corridos,
descúbránse las espaldas
vereis son esclavos míos,
que ahí lo dirán las señales:
este fue el mayor martirio
y vergüenza que pasaron,
manifestar lo escondido,
y descubrir sus engaños.
Y luego en público dijo:
esto lo he hecho tan solo
porque estos hermanos míos
trazaron la falsedad,
que egecutaron conmigo:
mas para que de mi pecho
conozcan lo esclarecido:
yo los perdono de todos
los agravios cometidos;
y viendo el Rey que de todos
aplausos solo era digno,
le dió un muy estrecho abrazo,
diciendo: amado hijo,
si hasta aquí te he despreciado,
desde hoy mudo el designio
tú solo serás de todos
mis bienes hereditivo,
como así fue, que por muerte
del Rey gozó el Señorío:
no quiso que á sus hermanos
les diesen ningun castigo,
si no és que allí se quedasen
sin que tuviesen dominio
en cosa alguna en palacio,
que estos son los merecidos
que consiguen los avaros,
que emprenden casos indignos;
y así quien todo lo quiere,
todo lo pierde, y es fijo.
Donde Alonso de Morales,
que este suceso halló escrito,
quiso reducirlo á versos,
al mandato de un amigo,
pues los que súbditos nacen,
obedecer es preciso.

I

N.